

EL MUNDO

DEL SIGLO VEINTIUNO

UNIDAD EDITORIAL S.A.

PRESIDENTE
ALFONSO DE SALASDIRECTOR
PEDRO J. RAMIREZDIRECTOR GENERAL
BALBINO FRAGA

Directores adjuntos: Jorge Fernández, Fernando Baeta, Casimiro García-Abadillo, Miguel Ángel Mellado (Suplementos)
Adjuntos al Director: Juan Carlos Laviana, Alfonso Rojo, Melchor Miralles.
Adjunto para relaciones internacionales: Víctor de la Serna.
Director de Arte: Carmelo G. Caderot.
Internet: Gumerindo Lafuente.

Secretario general: Juan González. Director general: Antonio Fernández-Galiano. Directores gerentes: Jaime Gutiérrez-Colomer, José Manuel Díez Quintanilla. Asesor jurídico: Alfonso de la Dehesa.
Director comercial: Alejandro de Vicente.

Dep. Legal: M-36233-1989. Imprime: Fabripress, Avda. Constitución, 3. Torrejón de Ardoz. OJD: La difusión promedio del último control fue de 291.063 ejemplares

INCOGNITAS MILITARES, INCERTIDUMBRES POLITICAS Y RIESGOS ECONOMICOS DE UNA GUERRA INEDITA

En todo el mundo se esperaban los ataques contra Afganistán que comenzaron el domingo por la tarde y prosiguieron ayer. Pero la seguridad de que ocurrirían no ha disipado las incertidumbres sobre lo que pueda pasar a partir de ahora. Si tras el desembarco de Normandía los europeos podían aferrarse a la certeza de que la guerra acabaría cuando el régimen nazi fuera derrotado militarmente, tras los bombardeos de las principales ciudades afganas, los ciudadanos de todo el mundo siguen sin saber dónde situar la Estación Término de esta guerra de formato inédito. El enemigo de hoy, como un escurridizo pulpo, asoma su cabeza por encima del agua, pero oculta sus tentáculos bajo la superficie, impidiendo a quienes le combaten ver cuántos son y hasta dónde llegan.

De ahí que, en la fase más inmediata de la operación, la militar, el principal objetivo sea liquidar al régimen talibán, esa cabeza visible que ha cobijado y ha permitido crecer a Al Qaeda, la red de redes tejida por el millonario saudí Osama bin Laden que engloba a 26 organizaciones.

Los bombardeos sobre Afganistán están destinados a destruir las baterías antiaéreas del Gobierno de los talibán, sus radares, y los campos de entrenamiento. Si se culmina este primer objetivo, el régimen talibán quedará considerablemente debilitado y el camino quedará así más despejado para llevar a cabo una operación terrestre en Afganistán. Lo que pase a partir de ahí es una incógnita.

Los peligros que entraña para las tropas occidentales la hostilidad del terreno y la climatología de Afganistán pueden solventarse utilizando como avanzadilla a la Alianza del Norte. A cambio, habrá que asumir el riesgo de delegar parte de las operaciones en facciones tribales que durante la guerra civil afgana demostraron dominar el arte de la guerra para alcanzar el poder, pero también evidenciaron una constante volatilidad en sus lealtades.

Es difícil predecir cuánto durará una operación terrestre encaminada a detener a los terroristas pero, sobre todo, resultará complicado definir cuándo esa campaña haya sido un éxito. Aunque el objetivo primigenio de EEUU fuera acabar con el terrorismo internacional, a estas alturas, esa meta —que, por inabarcable, conducía al fracaso— ya se ha encauzado hacia pretensiones más concretas y tangibles.

CAPTURAR A BIN LADEN

La más inmediata de ellas es el derrocamiento del régimen talibán mediante una implosión interna controlada, para establecer un Gobierno que asegure la estabilidad, cualidad que los afganos dejaron de ver en sus mandatarios hace lustros. Además el repuesto tendrá que contar con el beneplácito de Pakistán, que quiere asegurarse, al menos, la influencia que tenía hasta ahora en Afganistán.

Una vez derrocados los talibán, el objetivo más inmediato será capturar a Bin Laden. Después de su confesión televisada del domingo y sus amenazas

futuras, ninguna victoria que no pasara por su detención o su muerte podría llamarse tal. Pero tampoco acabar con él supone vencer. Antes, durante y después de su captura, no es despreciable la posibilidad de que tengan lugar nuevos ataques letales contra Occidente, donde nos tendremos que acostumbrar a vivir sin la seguridad que da haber disfrutado un largo medio siglo de paz.

De la duración de la operación, el saldo de víctimas civiles y la naturaleza del régimen postalibán depende directamente la solución a otra incógnita: las posibilidades de preservar la cohesión de la coalición internacional contra el terrorismo y la estabilidad regional en torno a Afganistán. El «apoyo total» brindado por Pakistán a las potencias occidentales se revela como decisivo, no sólo logísticamente, sino también para dotar de mayor legitimidad a la operación. Musharraf es quien mejor puede contener a los fundamentalistas paquistaníes, que son muchos y beligerantes, a juzgar por la violencia de las manifestaciones de ayer.

Con la detención anteayer del principal líder islámico y la congelación de las cuentas de los talibán, Musharraf ha dado pruebas de que sabe perfectamente qué es lo que tiene que hacer para que se siga renegociando su astronómica deuda externa (30.000 millones de dólares), para que aumenten las donaciones occidentales, para que se intensifique la ayuda militar y para perpetuarse en el poder.

Pero al margen de acoger a Pakistán con los brazos abiertos, EEUU y Gran Bretaña han articulado, en torno a un núcleo duro que ellos componen, una coalición formada por círculos concéntricos de países que les prestan distintos tipos de apoyo. En el anillo más alejado del centro, más sometido a los vaivenes de sus propias creencias y a la presión de su población, figura una larga lista de países musulmanes de discurso reticente o incluso opuesto a la acción militar norteamericana, como es el caso de Irán, aunque en la práctica, por el momento estén dejando hacer en la zona del Golfo.

Estos países son los que más se sentirán si la operación se alarga demasiado o resulta demasiado cruenta. Es paradigmático el caso de Palestina: Yasir Arafat ha rechazado la defensa que de su causa hace Bin Laden, ha detenido a líderes islamistas radicales de Hamás y Yihad en los territorios bajo su gobierno, y ha ordenado reprimir las manifestaciones de ayer hasta el punto de que tres manifestantes murieron. Arafat sabe que estos actos cuentan

con la reprobación popular. Hasta dónde se puede tensar esa cuerda es algo que cada gobernante debe calibrar.

Pero la prolongación de la campaña bélica también aumentará las tensiones en las sociedades occidentales, particularmente en sus maltrechas economías. Tanto los consumidores —los únicos que pueden, en última instancia, reactivar la demanda— como los mercados soportan mal las incertidumbres. Para despejar las dudas se pueden aplicar políticas keynesianas, de aumento del gasto público, y se pueden complementar con incentivos fiscales, a la espera de ver la evolución del precio del petróleo. Pero en última instancia, lo único que puede contribuir a que los ciudadanos recuperen la confianza es la configuración de una autoridad económica mundial que afronte la crisis, como ensayaron tímidamente la Reserva Federal y el Banco Central Europeo con su bajada de tipos conjunta tras los atentados del 11 de septiembre.

CHOQUE DE CIVILIZACIONES

En el peor de los casos, puede ocurrir que la incertidumbre se prorrogue indefinidamente, que los cadáveres de norteamericanos y británicos empiecen a llegar envueltos en bolsas de plástico, que tengan lugar nuevos atentados y que la persecución de sus autores haga tomar medidas que acarreen un recorte de libertades.

En la mejor de las situaciones, si la operación militar no se alarga y se derroca a los talibán, se habrán podado las hojas de un árbol, como ha expresado metafóricamente Musharraf. Si se desarticula Al Qaeda y se atacan focos terroristas en otros países, como se plantea EEUU, se habrán talado las ramas e incluso tal vez el tronco. Y pese a todo, aún quedarán en pie las raíces de las injusticias que abonan el resentimiento de los musulmanes, como la que sufren los palestinos o los iraquíes, oprimidos doblemente por su régimen y las sanciones internacionales. Será ese el momento de replantearse cómo ordenar el mundo para erradicar estas situaciones. Y habrá que hacerlo con la conciencia de que de los 6.000 millones de habitantes del planeta, 1.700 profesan la fe musulmana que antepone el concepto de comunidad de creyentes al de Estado-nación. En muchos de esos países musulmanes aún no han calado las ideas ilustradas que aconsejaron a Europa hace tres siglos disociar el poder político del poder religioso. En esa diferencia estriba el verdadero choque de civilizaciones que ninguna guerra puede resolver.

RICARDO y NACHO

En tiempos de crisis,
guerra y extraños
accidentes,
surgen nuevos
e inesperados
héroes



Hitler

Si sus víctimas atribuían el dificultoso caminar de Stalin a que bajo sus botas feroces se ocultaban las pezuñas de Belzebub, de este otro gran monstruo describen ahora su vergonzante homosexualidad. Rastros aún hoy y aquí de su praxis satánica: conciencia de la propia superioridad, responder a la razón ajena disparando palabras a las rodillas.

—ERASMO

LA TRONERA

ANTONIO GALA

Al empezar una guerra

Todas las guerras son sucias. Todas, largas. Todas, malas. Pueden cambiar sus causas como puede cambiar la idea de conquista o la de dignidad o la de humillación. Se transmutan los dioses y sus preceptos quedan abolidos u olvidados. Cambian de lugar el poder y la gloria, y la impostura y la insumisión. Se levantan cabezas abatidas. Se sublevan los pisoteados. Crecen los armamentos o se perfeccionan; entran con el aire en la tierra enemiga, o desde el agua, o con la respiración. Todo es distinto, menos el hombre que mata siempre. No hay ninguna libertad perdurable sino la que proporciona la justicia. Ninguna guerra santa. Ningún pueblo elegido.